

COLETES BLANCO, Agustín; LASPRA RODRÍGUEZ, Alicia, (eds. y trads.), *Libertad frente a Tiranía: Poesía inglesa de la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. *Antología Bilingüe*, Madrid y Barcelona, Espasa Libros, 2013, 432 pp.

La Guerra de la Independencia, que los ingleses llaman Guerra Peninsular, tuvo su literatura de primera mano, es decir, literatura de combate y de línea de fuego además de las posteriores recreaciones sobre todo narrativas y más o menos históricas. Fuera de España, el pintoresquismo orientalizante con que la imaginaban muchos escritores, unido a las especiales características de la guerra en este suelo, cuyos aspectos más destacados fueron la guerrilla, en el orden militar y la brutalidad en todos los órdenes, constituyeron un filón muy considerable. Una de las primeras muestras es *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, del conde polaco Jan Potocki, casi interminable narración fantasmagórica, romántica y folklórica, en un sentido mucho más exaltado que el de la obra que se tiene como iniciadora y guía de una visión folklóricamente desenchajada de España, la *Carmen* de Merimée. A esta obra se le echa encima el San Benito de iniciadora del folclorismo andaluz, cuando tan dudoso mérito corresponde más bien a la ópera de Bizet, inspirada en ella, ya que Merimée conocía suficientemente España como para no

incurrir en tantas exageraciones. *El manuscrito encontrado en Zaragoza* procede directamente de la novela picaresca y abre las puertas a muchos tópicos sobre España. Otra novela fantasmagórica, de atmósfera tenebrosa, es *El marqués de Bolívar*, de Leo Perutz, un excelente narrador checo que, no obstante, nunca alcanzó el reconocimiento que merece. Su mundo literario es muy variado: desde la Praga de la época del extraño emperador Rodolfo II hasta las angustias de un hombre que huye esposado de la persecución policial, Perutz se adentró en episodios históricos de los que pudo sacar material fantástico, y así, en plena guerra napoleónica, aparece el *Judío errante en la Bisbal bajo cielos invernales*. Otras novelas extranjeras sobre la Guerra de la Independencia que alcanzaron popularidad son *Las aventuras de Gérard* de Arthur Conan Doyle, sobre un oficial francés fanfarrón e incompetente; *El cañón*, de C. S. Forester sobre la que Stanley Cramer dirigió una versión cinematográfica titulada *Orgullo y pasión*, y el excelente relato *Fue a echar una ojeada a los caballos* de H. Bean Piper, sobre un cuento clásico de la ciencia ficción, el agujero en el tiempo, por el que un oficial inglés llamado Arthur Wellesley se pregunta quién podrá ser cierto Lord Wellington nombrado con abrumadora insistencia en unos documentos secretos que habían llegado a sus manos. Joseph Conrad, uno de los grandes

autores del siglo XX y uno de los que verdaderamente merece la pena leer, acudió con frecuencia a las guerras napoleónicas: en *El hermano de la costa* con el mar como fondo, su escenario favorito y el que mejor conoce, y *El duelo* que tiene por asunto las campañas de Napoleón, desde las primeras hasta el ocaso de Waterloo, a lo largo de las cuales dos empecinados oficiales sostienen un duelo sin fin a causa de una bagatela. En otra novela corta, *La posada de las dos brujas*, ofrece un ejemplo literario de la intervención inglesa en la guerra española, tan profundamente estudiada por la profesora Alicia Laspra en su libro *Intervencionismo y revolución*. Un oficial británico llamado Edgar Byrne arriba a una costa escarpada y oscura, de altos acantilados y bañada por un mar turbulento, para entrevistarse con un guerrillero que se encuentra en las montañas. Las montañas están a la vista, casi surgiendo de la misma costa, y de manera explícita se declara que aquel lugar es Asturias. No es esta la única ocasión en que Conrad se acerca al Golfo de Vizcaya que nosotros llamamos Mar Cantábrico, y por el cual el novelista había navegado en su juventud, cuando hacía contrabando para los carlistas, y a cuya guerra se refiere en la novela *La flecha de oro* y en el episodio *El tremolino*, que forma parte de *El espejo del mar*.

A la guerra entre españoles y franceses, y entre españoles y españoles,

pronto se agregaron los ingleses, y la intervención británica en la Península Ibérica pondría en movimiento a los poetas ingleses, tanto a los reconocidos como a muchos aficionados. La condición romántica de España les daba una oportunidad que no desaprovecharon. Algunos poetas estuvieron presentes desde los primeros momentos y mantuvieron una actitud decidida en relación con el papel que debía desempeñar Inglaterra en la guerra que comenzaba en España contra la invasión napoleónica. La petición de ayuda por parte de los españoles fue atendida de inmediato. “En un principio, la acogida de las demandas españolas en Inglaterra fue verdaderamente entusiasta y una mezcla de simpatía y cautela las acompañó en otros países —escribe Emilio de Diego en *España, el infierno de Napoleón*—. Desde el comienzo, los ministros más influyentes de Jorge III vieron, en la insurrección que sacudía España, una oportunidad de abrir el frente decisivo contra Napoleón. Era la oportunidad de hacer realidad el viejo sueño de Pitt y poner en vías de confirmación la idea de R. Southey, que había escrito a S. T. Coleridge “si Europa ha de ser redimida en nuestros días, sabe usted que siempre he sido de la opinión de que el esfuerzo inicial tendrá lugar en España”. De los poetas más conocidos en aquel momento, Robert Southey era quien mejor conocía España y Portugal, a las que había visitado en 1795 y sobre las que

publicó *Letters written during a short Residence in Spain and Portugal*, aparecido en 1797. Al lado de Wordsworth y Coleridge, con quienes vivió en la región de los Lagos, iniciándose de este modo el primer romanticismo inglés, su prestigio ha disminuido bastante, y ya en tiempo de Richard Ford critica sus apreciaciones sobre la ciudad española de Benavente, considerándolas “pura imaginación de poeta laureado”. Ian Robertson escribe a propósito de su relación con España: “Existen abundantes pruebas de que toda su vida siguió interesado por España, aunque en esta obra se muestra con más frecuencia crítico que elogioso, por mucho que hubiese gozado con su viaje si lo consideramos retrospectivamente; pero, como insinúa Rose Macaulay, Southey era un criticón nato”.

Estos poetas, que por patriotas ingleses cantaron como patriotas españoles, son el contenido del bello libro *Libertad frente a Tiranía: Poesía inglesa de la Guerra de la Independencia (1808-1814). Antología bilingüe*, dedicado precisamente “a los patriotas españoles de todas las épocas”, compuesto y escrito por Alicia Laspra y Agustín Coletes, de la Universidad de Oviedo. De la profesora Laspra ya hemos mencionado su fundamental *Intervencionismo y revolución*; entre las recientes publicaciones del profesor Coletes, autor de un estudio fundamental sobre Pérez de Ayala y Gran Bretaña, se cuenta con las magníficas ediciones y traducciones del *Viaje*

a las islas occidentales de Escocia de Samuel Johnson y de *Cartas y poesías mediterráneas* de Lord Byron. He escrito “bello libro” a propósito de éste cuyo título abreviado es *Poesía inglesa*, publicado con esmero, incluso con lujo, por la Fundación Dos de Mayo, creada por la Comunidad de Madrid con motivo de cumplirse los doscientos años del comienzo de la Guerra de la Independencia, con cuidada y clara impresión, bilingüe la de los poemas, con una curiosa y pintoresca estampa a modo de portada: el grabado coloreado a mano que lleva el explicativo título de *Los nobles españoles, o Britania prestando ayuda a la causa de la libertad por todo el mundo, ¡sea amigos o enemigos!*, de George Cruikshank, y que bien podría representar a la tropa reclutada por Sir John Falstaff. Por lo demás, se trata de un trabajo de importancia tanto literaria como histórica. En numerosos casos, los textos reunidos, aunque vayan en verso, tienen mayor valor como documento histórico que como poesía. Por otra parte, esta poesía, claramente circunstancial, es poco conocida por los españoles, que también desconocen, por lo general, a la propia, reduciéndose a “Oigo, patria, tu aflicción” y poco más. Los autores declaran en el prólogo: “Existe, naturalmente, literatura española sobre la guerra escrita durante los años de conflicto y ha recibido cierto grado de atención por parte de la crítica especializada, pero ha pasado mucho más

desapercibido el hecho de que también se dio una abundante 'literatura de combate' escrita en otros tantos varios idiomas tanto a favor de la causa aliada como de la napoleónica: principalmente inglés, francés, alemán y portugués en el primer caso, y fundamentalmente francés, italiano, alemán y polaco en el segundo. El libro que el lector tiene en sus manos ha supuesto la elección de una de las múltiples combinatorias de este peculiar fenómeno: a saber, poesía, escrita en inglés, durante la guerra".

En principio estamos ante una antología que es algo más que una antología. Porque también es la documentación histórica de la actitud de algunos poetas ingleses con respecto a los acontecimientos bélicos que tenían lugar más allá de sus fronteras: "poesía comprometida" en una palabra, aunque no lo sea en el sentido sarriano, pero ¿no es comprometida toda poesía que toma posición, y en este sentido deberemos considerar, aunque no sea su aspecto más importante, es obvio, poemas como la *Farsalia* de Lucano y *La divina comedia* de Dante? Los poetas reunidos en este libro toman unánimemente partido por la libertad. No por una libertad abstracta, de discurso encendido u oda declamatoria, sino por un concepto más concreto e inmediato. ¿Qué es la libertad para ellos? Estar libres de Napoleón y, en consecuencia, que el resto de Europa lo esté. Para aquellos ingleses que entendían la libertad como

manera de vida, de su vida, el Gran Corso representaba todo lo contrario, la tiranía. Siglo y medio más tarde el mismo espíritu se mantiene en pie, enfrentándose la isla a un tirano mucho más cruel y mucho más abyecto que Napoleón y en cuya expresión tampoco faltaron las grandes palabras que Winston Churchill toma prestadas de Shakespeare repitiendo la arenga de Enrique V antes de Azincourt, en términos más dramáticos pero expresando una indestructible confianza como la de aquellos ingleses sobre los campos de Francia que cuando fueran viejos festejarían con sus vecinos el día de San Crispín y San Crispiniano, zapateros: "estoy seguro de que nuestra causa no puede fallar entre los hombres", afirmó Churchill.

Esa misma confianza se advierte en buena parte de los poemas recogidos por Laspra y Coletes. No son poemas de victoria. La poesía que canta la victoria suele ser de rango inferior, porque el ditirambo es menos poético que la elegía. Gilbert Murray señala que en la poesía de la Antigüedad solo los poemas victoriosos alcanzaron una gran altura poética, el canto triunfal de Débora que figura en el Libro de los Jueces y *Los persas* de Esquilo. Lo demás suele estar invadido por retórica insatisfecha. Por lo que tal vez el poema más intenso de este libro, en el que no faltan las elegías como la dedicada al marqués de la Romana, sea el recuerdo de una desoladora derrota en *El entierro de*

Sir John Moore tras la batalla de La Coruña de Charles Wolfe:

No se oyeron tambores
ni marchas fúnebres
Al acarrear presurosos
su cuerpo a la muralla;
Para despedir a nuestro
héroe ante su tumba
No hubo soldados que
descargaran sus armas.

Es, por lo demás, un poema de escenografía plenamente romántica en el que no faltan la noche (“le enterramos en la oscuridad de la noche”) ni la luna (“y el rayo de la luna que rasgaba las tinieblas”). Y los versos finales de este breve poema son grandiosos:

No cincelamos una línea,
no levantamos lápida alguna
—Le dejamos allí a solas,
con su gloria—.

El material sobre el que trabajaron los autores es abundantísimo, por lo que se imponía una selección. Muchos de los poemas fueron escritos a bote pronto, a raíz de la noticia de una victoria o de un desastre, y esta inmediatez, según los antólogos, es poesía: “Poesía porque se trata de un género literario que implica inmediatez y fuerza expresiva en la respuesta, y, por tanto, en la mediación entre el autor y el público”. A esta poesía “de combate” concurren poetas conocidos, profesionales, por así decirlo, y otros espontáneos, incluso anónimos. Esta característica de los poetas es la base

de uno de los criterios sobre los que se asienta la distribución de la antología: de un lado los poetas consagrados (Felicia Hemans, William Wordsworth, Lord Byron, Walter Scott, Charles Wolfe y Robert Southey); de otro los autores relevantes en su época pero poco conocidos en esta (Eyles Irwin, Anna Maria Porter, John Wilson Croker, William Sotheby, John Gwilliam, Anna Laetitia Barbauld, Laura Sophia Temple, Richard Pearson, Anne MacVicar Grant, Thomas Moore y el no identificado refugiado bajo el pseudónimo de Hispanicus) y, en fin, la poesía publicada en la prensa, en la que se repiten los nombres de Thomas Moore y Eyles Irwin junto con otros que firman con las iniciales o van sin firma.

Con buen criterio, cada uno de los “poetas consagrados” va precedido de una introducción; la introducción de los demás apartados es de carácter general. Reparemos, de manera especial, en las introducciones del primer grupo, textos de un interés crítico notable, dado que algunos de los poetas no han sido abordados críticamente entre nosotros. Con las adecuadas síntesis, se resumen las obras de poetas como Wordsworth o Southey, poco frecuentados por la crítica española, o de otros como Sir Walter Scott, evidentemente más conocido por su obra en prosa y por sus novelas históricas, tan populares y que aún se leen con agrado e interés (¿quién puede ignorar al autor de *Ivanhoe* de *Quintín Dur-*

ward, de *El talismán*, de Rob Roy, de *El anticuario*, al que debemos tardes inolvidables de amena lectura, por no mencionar las vibrantes adaptaciones cinematográficas de Richard Thorpe que fueron la delicia de nuestra infancia?) y antinapoleónico fervoroso, autor de una extensa biografía de Napoleón, escrita, según supongo, más que nada para expresar su beligerancia contra el biografiado. No menor en popularidad es Lord Byron, un poeta que, al igual que García Lorca y pocos más, es admirado por personas a las que no les gusta la poesía, lo que no sé si es bueno o no lo es. Byron, es de los poetas “consagrados” antologizados, el único, junto con Southey, que había pisado España, aunque me temo que mientras Southey se daba cuenta de que estaba en España, en la línea de Edward Clark o Joseph Townsend, Byron creía que ya estaba en Oriente, como William Beckford. En *Las peregrinaciones de Childe Harold* se puede encontrar cualquier cosa que se busque, desde episodios galantes y aventureros hasta la batalla de Waterloo; no faltan el tono declamatorio ni la arenga:

¡Oh bella, admirada
España, romántico país!
¿Dónde está aquella bandera
que Pelayo enarboló...?

La contribución de Wordsworth es más reposada, como corresponde a un poeta de costumbres sedentarias (todo lo contrario que Byron). No entro en si se puede ser poeta haciendo

la vida de un propietario rural, pero al menos hay más tiempo para escribir que si se anda correteando por el mundo. Al igual que Coleridge se había interesado en la juventud, hasta entusiasmado, con la Revolución Francesa; pero siendo un ejemplo más de que quien no es radical en su juventud no tiene corazón y quien continúa siéndolo a los cuarenta años no tiene cabeza, oportunamente cambió de rumbo a su debido tiempo y, como escriben Laspra y Coletes, “la guerra y lo que ve como malignidad diabólica de Napoleón reemplazarían definitivamente a la Revolución Francesa en sus preocupaciones intelectuales y vitales”. Sin necesidad de salir de Inglaterra, Wordsworth le dedicó suma atención a la guerra peninsular escribiendo ya en mayo de 1808, cuando todavía no se había producido la intervención inglesa, un poema que no publicó. La antología incorpora los catorce sonetos escritos entre 1808 y 1811 pertenecientes a la serie *Poemas dedicados a la independencia nacional y la libertad*, y es en esta ocasión la primera vez que los catorce sonetos se publican en español, y aparecen reunidos con la numeración, en números romanos, en que figuraban en el conjunto original. Algunos de estos poemas ya habían sido traducidos por Stanley Richardson y Luis Cernuda, como “Cólera de un español altanero”, “Sentimientos de un noble vizcaíno en uno de aquellos entierros”, ambos de 1810, y “El árbol de

Guernica”. Pero solo cobran sentido al ser publicados los sonetos en su totalidad. Por ejemplo, no se entiende el titulado “El sentir de un noble vizcaíno en uno de aquellos funerales” sin haber leído el soneto que le precede, “Cumpliendo así un rito ancestral”.

Southey pone la entonación épica en las inscripciones para el campo de batalla de Talavera y para un monumento en La Albuera: un poco largas para inscripciones destinadas a la piedra, y en una selección del, un poco monótono, *Carmen Triumphale para el comienzo de 1814*. La contribución de Felicia Hemans es no menos entusiasta y prolija.

Estamos ante una antología importante por muchos motivos. El primero, porque documenta unas actitudes poéticas poco conocidas en español, y, sobre todo, porque algunas de estas muestras poéticas son auténtica poesía.

IGNACIO GRACIA NORIEGA
Escritor

BARBASTRO GIL, Luis, *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814). La huella del afrancesamiento*, prólogo de Antonio Moliner Prada, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2013, 407 pp.

El factor religioso tuvo un papel social crucial en el proceso de tránsito

del Antiguo Régimen a la contemporaneidad. Se trata, en consecuencia, de un proceso que ha sido estudiado con profusión desde diversos enfoques y disciplinas sociales. La importancia que adquirió la cuestión religiosa, y más concretamente la tradicional catolicidad de la monarquía hispana, desde el mismo inicio de la Guerra de la Independencia española, es un elemento que fue muy discutido e instrumentalizado por quienes vivieron la guerra y vieron brotar en España la revolución liberal y hoy día aún sigue siendo objeto de debate entre los historiadores. La religión se erigió en un instrumento de propaganda de primer orden para los dos bandos enfrentados en la contienda y, por ende, se convirtió en uno de los principales instrumentos legitimadores del poder político y de movilización popular durante la guerra. Para los autodenominados “patriotas” –los antibonapartistas– la guerra tuvo un marcado componente de guerra santa o cruzada, con cientos de frailes y clérigos movilizados paramilitarmente al frente de partidas guerrilleras que luchaban contra el francés y contra el afrancesado. Ni la Constitución bayonesa de 1808, otorgada por el emperador Napoleón –aunque nominalmente en el encabezado constara el nombre de su hermano José I– a los españoles, ni la avanzada Constitución gaditana de 1812, gestada por los liberales reunidos en la sitiada Cádiz, cuestionaron la unidad católica de España, sino más